Me miró. Creí sentir el nombre de Adela vagar por sus labios; pero no fío mucho de mí.

La palabra "gracias" sí que salió de su boca, de esto estoy bien seguro, y la palabra "Dios," y oprimió la cruz del rosario contra su pecho, en tanto que sus ojos suplicaban...

Todos estábamos de rodillas.

Hubo allí, como dice Magdalena, una ráfaga de claridad que pasó sobre él, y Facio tocó sus manecitas una contra otra, gritando:

—¡Papá se ha curado!

En aquel momento la cabeza de Pedro Blot tornó á caer sobre la almohada, y repitió por tres veces, con voz que se oyó hasta lo último de la sala, la misma invocación que yo le había dictado: "¡Padre mio! ¡Padre mio! ¡Padre mio!"

Y concluyó su carrera sobre la tierra.

Magdalena le abrazó y le cerró los ojos.

Cuando se levantó el capellán, una pobre anciana, cuya agonía duraba ya desde hacía cuarenta y ocho horas en la sala contigua, le llamó gritando:

—¡Yo también, yo también! ¡Ya le quiero!

Había rechazado hasta entónces los auxilios de la Religión, recibiendo al sacerdote con groseros insultos cada vez que se le presentaba. Al llegar el capellán al lado de la cama, le dijo;

—Dios ha venido. El hombre ha rogado: yo también hallaré gracia.—Y se confesó entre lágrimas y sollozos...

Como Juan hablaba ya, le pregunté con harto desenfado queriendo disimular la emoción extraordinaria que sentía:

—¡Vamos! y ahora ¿me falta oir, que consideras á Pedro Blot como un santo?

—Te falta oir,—me respondió,—que créo en Dios y en cada una de las partículas de Dios, si no es una impiedad el hablar así, aun en el sentido figurado, del Sér absoluto é invisible. Que créo en la rica porción de los desheredados, en los gozos prometidos á los que lloran, en la glorificación de los humildes, en el celestial desquite de los oprimidos. Dios está en todas partes, y el hecho milagroso de su presencia en todas partes, no puede ser seguramente disminuido ni aumentado. Y sin embargo, Dios *había venido* al Hospital, por más que ya estuviese allí, pasando al través de sí mismo, porque Dios se cierne, *más presente* en cierto modo por Jesucristo, Dios á la vez y Rey de los ángeles de Dios, sobre la suprema angustia de los que sufren, que son los huéspedes de su divino corazón. No estoy cierto de ninguna otra cosa más que de la misericordia infinita del Corazón de Dios. Y ¿quién será osado de responder categóricamente á tu pregunta? ¿Sabes tú acaso lo que es un santo?... Mas cada vez que recito el salmo *Laudate pueri Dominum*, me acuerdo de Pedro y le véo "levantado fuera de su cieno" [1] por la mano del Herido adorable cuya sangre derramada es un océano de gracia, y véo al padre de los pobres, al Rey de la gloria, enamorado de los atractivos de la miseria, coger á Pedro Blot, el último de entre los últimos "para colocarle entre los príncipes [2] de su pueblo." En suma, yo ruego por él; pero también le ruego que ruegue por mí...

1 *...de stercore erigens pauperem...*

2 *Ut collocet eum cum principibus... populi sui.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Juan siguió después de un rato de silencio:

—Al cruzar la sala para retirarnos, advertí que Magdalena no iba con nosotros. Facio, á quien yo llevaba por la mano, me dijo:

—Se ha quedado allá atrás con un viejo.

Volví á deshacer las pisadas, y hallé en efecto á Magdalena hablando con un viejecillo enfermizo que no llevaba nada en la cabeza, ya toda calva, más que un hilo de bramante atado á manera de venda, sosteniéndole sobre los ojos una especie de pantalla verde. Un querubín rubio cubierto de andrajos le llevaba de la mano, porque él no veía.

En el momento en que yo llegaba se despedía de Magdalena para continuar su marcha, tambaleándose, hacia el otro extremo de la sala.

—¡Mira, mira, querido! me dijo mi mujer sonriendo y suspirando: es un *pobre de Pedro Blot* que viene nada menos que de Curva-vía!

Y Bonifacio exclamó inmediatamente:

—Bien le conozco yo; es el antiguo noble á quien llevaban la sopa cuando vivía mamá Adela, y se enfadaba cuando la sopa no estaba buena.

—Me ha detenido,—continuó Magdalena,—para decirme con mucha cortesía: "Señora, yo no puedo leer los números, ¿quiere usted enseñarme la cama del *señor* Pedro Blot, que tiene el 16?

—Ese ha tenido muchos miles,—dijo Facio con aire de importancia.—Papá le llamaba "jesuita," pero nunca le dejaban sin su ración de sopa.

Magdalena le dió un abrazo, y continuó:

El viejo ha conocido á la *señora* Adela, y llora á mares hablando de Pedro y diciendo: "No tenía yo en el mundo más que á él."

Nosotros también llorábamos.

Los naturalistas han escrito páginas hermosas sobre la prodigiosa grandeza de Dios, considerada sobre todo en los pormenores de las cosas infinitamente pequeñas. Nos muestran el animal que vive sobre la tierra, el insecto que vive sobre el animal, sobre el insecto el animalillo invisible, y sobre el invisible, no sé qué, que no tiene nombre, pero que vive.

De esta manera desciende aun más abajo y sube todavía más alto la escala del milagro del amor, desde la generosidad ilustre de un Rosthschidl, hasta la oscura compasión de Pedro Blot.

Y ¿qué cosas no veríamos,—te pregunto yo ahora,—si fuera posible que Midas, que es todo de oro, diese de su opulencia como Pedro Blot de su sopa?

Sucede en la sociedad lo mismo que en la naturaleza: en bajo es donde se ocultan los tesoros.

Las gentes que ven por ahí la tela grasienta y reluciente de mi gabán, apénas pueden contener la risa cuando me oyen hablar de 'mis pobres." Y tienen razón; porque la cosa no deja de tener gracia. Pues bien; *Pedro Blot era uno de mis pobres, y* PEDRO BLOT TENIA SUS POBRES.

Y hay que añadir que la justicia de Dios invierte la escala milagrosa de que te hablaba hace un momento, la escala de la caridad que es la escala misma de la salvación.

Cada uno de nosotros, en definitiva, será recompensado en proporción exacta del amor que haya tenido, es

decir, del sacrificio que haya ofrecido, y no conforme al valor material de la ofrenda.

Ochavo habrá quizás que valga más que todos los millones del Universo.

Y acontece que Creso, por generoso que sea, no habiendo podido nunca dar ni la más mínima parte de "lo necesario," permanece agobiado por sus bienes al pié de la escala, en tanto que Pedro Blot que ha tenido hambre suficiente para haberse comido la sopa que repartía, está en lo más alto, vecino del cielo, y no tiene más que decir, aunque sea muy bajito, cuando llegue el momento: "Aquí estoy, padre mio, soy yo."

Hacía ya un rato que estaba yo viendo formarse del lado de la casa la procesión de los futuros oyentes de Juan. El partido del marro se habia concluido, y los niños curiosos de saber, habían ido á buscar á mis hermanas, á mi mujer, á todas las autoridades que pudieran tener influencia sobre Juan para hacerle adelantar la hora de la historia.

Juan se había quedado pensativo buscando quizás una frase de efecto para concluir su terrible paralelo entre la opulencia y la miseria; así es que no veía toda aquella gente formal y menuda que iba llegando por una de las calles del jardín.

—¡Calla!—dijo cuando al levantar los ojos se vió rodeado;—¿ya estais aquí?

—Venimos á *La Primera Comunión*,—dijo mi mujer.

—Se nos ha prometido *La Primera Comunión* —añadieron mis hermanas.

Y mientras cada cual se iba acomodando debajo del emparrado, lo más cerca posible del narrador, las palabras *Primera Comunión* corrían de todos los corazones á todos los labios, despertando aquí un recuerdo profundo, allá una misteriosa esperanza, acariciando á todas las almas, difundiendo en el aire ese soplo encantado, perfume de incienso y de primavera, de fervor y de flores, de armonía y de abandono, de sacrificio y de alegría, ese olor de sublime adoración esparcido en torno del festín en que los niños tienen la dicha de verse servidos por los ángeles, ese aliento de Dios muriendo de amor, que por una hora que se le respire embalsama todos los dias y todos los instantes de la vida...

FIN DE PEDRO BLOT.

U. A. N. L.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA